

UNA ONDINA MODERNA  
NOVELA CORTA



## CAPÍTULO I

FUE durante la plácida quietud de una noche de verano cuando Marion conoció a Howard. El mar se mecía a sus pies con una tenue monotonía de vida y muerte. El firmamento, un cuenco azul intenso que destellaba con puntos blancos como gemas, se curvaba sobre la tierra con un abrazo de envolvente ternura. La noche estaba plagada de mil sonidos y mil silencios. El mar gemía, los grillos susurraban y producían un sonido estridente; en algún lugar en la distancia, un ave nocturna cantaba notas que desgarraban el corazón y oscilaban con la cadencia del mar. Por encima del leve tiple de los pequeños sonidos femeninos, en el pantano resonaba la ronca llamada de un caimán como el sonoro tema del bajo en una fuga de órgano. Llegaba un instante de calma cuando daba la impresión de que las olas suavizaban su tono, los estridentes sonidos de los insectos quedaban en silencio, y el ave y el rey del pantano dejaban que las reverberaciones de sus notas se fuesen apagando en la espesura. Alguna ola que se estrella contra el muelle con más fuerza que las otras rompía de nuevo ese silencio, y los árboles, las aguas y las voces de la noche entonaban sus cánticos en alto hacia los blancos diamantes de los cielos.

No había luna, pero las estrellas arrojaban tenues sombras sobre el suelo, y las olas brillaban con una especie de fosforescencia. El mar extendía una película plateada hacia

el horizonte; y, como lenguas bífidas, saltaba con el estallido de una ola contra el rompeolas; luego se extendía formando líneas siniestras sobre la arena húmeda.

Marion estaba en el borde del rompeolas mirando fijamente las relucientes arenas por debajo de ella. Habían estado bailando dentro de la casa y ella se había escapado sola en la noche. Sintió una presencia a su lado y se volvió para encontrarse con Howard.

«¿No es precioso?», preguntó él con una especie de asombro sin aliento ante el esplendor de la noche tropical.

«No lo sé», respondió ella con indecisión. Los habían presentado apenas un momento antes de que ella se marchase del salón, y no estaba muy segura de que le gustase el modo tan evidente en que la había seguido hasta el jardín con vistas al mar.

«Es maravilloso, maravilloso...», continuó él. «Allí donde vengo», añadió con divertido provincialismo, «nunca vemos algo semejante».

«Creo que prefiero una noche de luna», dijo ella con tono crítico, dejando caer la cabeza hacia un lado.

Estaba seriamente decidido a demostrar que estaba equivocada.

«Vaya, pues no debería, en serio. No es posible tener efectos de luz de luna en todas partes, en cualquier clima, y en todas las estaciones. Sin duda es algo ordinario, pero esto... Bueno, esto es algo para lo que uno tiene que venir al Sur».

Ella rio levemente y se dio la vuelta para regresar dentro. No le dio mucha importancia a la discusión, y el hombre había sido un poco lanzado, pensó. Le tocó el borde del pequeño chal que llevaba puesto ella y le dijo casi suplicando: «Por favor, no vuelva dentro. Hace tanto calor en ese salón y está tan lleno de gente. ¿Cómo puede sentirse alguien en una multitud así? ¿Le gustan las multitudes?».

«No, creo que no», respondió ella lentamente, «pero parece que uno no las puede evitar en este tiempo. El mundo está lleno de personas y están siempre por todas partes».

«Piense en un montón de hombres y mujeres bailando en una noche así», se quejó él enérgicamente. Ella se rindió ante su actitud.

«Pero si no estuvieran bailando», dijo ella con una suave y leve inflexión risueña, «estaría aquí fuera, en una multitud, sobre... esto... la escena».

«¿Era eso un juego de palabras?».

«¿Un qué?».

«Un juego de palabras, escena, ya sabe».

«Ah, ¿la escena? ¿Cómo?, ¿por qué? Ah, no, no me había dado cuenta. No, nunca hago juegos de palabras».

No había ni la más mínima muestra de humor en ella ahora. Parecía haberse ensimismado de repente y haberse convertido una vez más en la «joven dama mojigata y de refinada educación del modelo del siglo pasado» como mentalmente la había encasillado Howard cuando se la presentaron.

Caminaron despacio siguiendo el borde del rompeolas. La noche le había puesto de buen ánimo y hablaba sin trabas, como alguien cuyo cerebro se ha visto liberado de la diaria servidumbre de los tópicos para adentrarse en un reino de imaginación y poesía. La ruidosa serenidad de la profunda noche había cautivado su alma. Sin ser consciente de ello, también la mujer que iba a su lado inflamaba su imaginación.

«No me extraña que ustedes los sureños tengan unas almas tan poéticas», siguió divagando.

«Yo no hablo de la mía», dijo ella asintiendo. Él la escuchaba ansioso. Había estado generalizando, pero ella había tocado un punto sensible en la conversación que lo alentó.

«No habla de la suya porque... porque...», dijo inclinándose hacia ella.

«La música está empezando a sonar», comentó ella con indiferencia, «debemos ir adentro».

Por encima de los sonidos de la noche, las notas de un vals, procedentes de una casita de campo próxima, ondulaban con rítmica cadencia, y el retiñido de las mandolinas ahogaba la llamada de las aves nocturnas desde el bosque.

## CAPÍTULO II

**A**UNQUE Howard se había sentido desconcertado y no poco confuso por la repentina frialdad de la señorita Ross, continuó manteniendo, no obstante, sus atenciones hacia ella. Puesto que había tenido ocasión de venir al sur en viaje de negocios, razonó, eso no era óbice para que pudiera disfrutar de la cortesía que se le ofrecía. La señorita Ross no era una de las ofertas, a decir verdad, ya que se había mantenido extrañamente distante cuando todos los demás a su alrededor le daban la bienvenida a su pequeño círculo con entusiasmo. Podría haberse sentido halagado por considerar su indiferencia como un modo de llamar su atención de no ser porque observó que mantenía la misma actitud hacia todos los que la rodeaban, incluyendo a veces a su propia hermana. Ella parecía mirar con indiferencia el modo en que otros se divertían y, de una manera vaga, también disfrutaba; pero, por así decirlo, con reservas mentales. Él comenzó a estudiarla con el mismo entusiasmo impetuoso que caracterizaba todas sus acciones, pero no podía determinar si ella era indiferente o se consideraba superior a quienes la rodeaban. No se le ocurrió considerarla sensible sin más.

Había alcanzado un alto grado de confianza con Emmie, la hermana. Era una muchacha sincera con una carencia de convencionalismo que podría ser sorprendente. Aunque tenía suficiente edad para ser más sensata, tenía la

reputación de ser una especie de *enfant terrible* de su pandilla. Emmie disfrutaba de ello, e incluso hacía lo posible para inventar situaciones en las que pudiera aparecer con un efecto más sorprendente que decoroso.

Un día estaba sentada en una hamaca, poco tiempo después de que Howard experimentara por primera vez la hospitalidad de aquella pequeña población en el baile. Se balanceaba de acá para allá con violencia al tiempo que hablaba con frases breves y entrecortadas.

«¿Sabe?... Me gusta usted... Se lo decía... a las chicas el otro día... me llevaría muy bien con usted».

«¿En serio?», dijo Howard, divertido, pero sin perder de vista la puerta por donde Marion podría aparecer en cualquier momento.

«Sé que está buscando a Marion ahora mismo», continuó ella, mientras seguía balanceándose vigorosamente, «pero no va a salir ahora. Hemos tenido una riña y está leyendo para quitarse el enfado. Yo me estoy quitando el mío balanceándome».

«Nunca pensaría que ninguna de ustedes ‘reñiría’», replicó Howard cortésmente intentando suprimir un suspiro de decepción.

«Vaya que sí. Nunca compartiría la casa con alguien con quien no pudiera discutir. Sería insoportablemente aburrido hablar sobre la vida. He provocado riñas sobre algunas cosas con cierta regularidad, y si perdiera alguna de esas ocasiones, estaría como una vaca que no tiene qué rumiar: como loca por masticar algo».

«Está bien lo de la vaca», comentó Howard.

«Pero con la Tata», dijo Emmie, permitiendo de forma deliberada que la hamaca disminuyese la velocidad, «es perfecto reñir. No dice ni una palabra, simplemente se pone más y más roja y se muerde los labios. Esta mañana fui al centro para ver si encontraba una toalla de asbesto para que ella se secase la cara. Cualquier otro tejido se hubiese chamuscado hasta hacerse pedazos. Reñimos acerca de usted»,

añadió, deteniendo la hamaca con un pie, e inclinando la cabeza hacia un lado para observar el efecto de sus palabras.

«¿Sobre mí?». Howard se incorporó con gesto serio y miró fijamente a la muchacha, «Pero, ¿por qué?, ¿a causa de qué?».

«Sí, sencillamente señalé, de manera bastante informal, ¿sabe?, que usted era una especie de joven bastante majo, y que, si usted no tuviera ninguna seria objeción, me casaría con usted, aunque en realidad lo que quería decir es que primero me declararía, por supuesto. La Tata parece pensar que yo lo llevaría a usted hasta el altar lo quisiera o no sin decirle primero a dónde me dirigía. ¿Se da cuenta? Ningún hombre se me va a declarar y tengo serios reparos sobre convertirme en una solterona, y, por tanto, al parecer, debo declararme yo. Lo he seleccionado a usted, pero la Tata parece tener inconvenientes sobre que usted se convierta en cuñado».

«Quizá tenga objeciones sobre mí de manera general», rio Howard, aunque había una nota de inquietud en su voz.

«Bueno, no lo sé, no entré en detalles. Dijo que ya era hora de que me pusiera seria de vez en cuando, y cuando dije que nunca en mi vida había hablado más en serio, se puso roja, empezó a morderse los labios y agarró un libro. Yo salí aquí fuera a calmar mi estado de ánimo columpiándome».

«Señorita Emmie», dijo él con enorme galantería, hincando una rodilla, «¿querriáis ser mía? No puedo vivir sin vos».

«Alzaos, caballero», exclamó ella, «podéis morir por mí...».

«Emmie», dijo una calmada voz desde la puerta, «¿qué estás haciendo ahora?».

Howard se puso rápidamente de pie con cierta confusión. Aunque sabía que ella entendía la burla de la escena, le parecía que incluso de broma no podía soportar que ella creyese que estaba siéndole desleal. Nunca antes había relacionado la palabra desleal en este contexto, y se lo recordó a sí mismo con una sensación de estremecimiento. ¿Des-

leal? Eso presupone una condición de amor por su parte y de aquiescencia por parte de ella. La risa de Emmie lo provocó.

«Da la impresión de que te avergüenzas de mí», exclamó alegremente. «Fíjate, hermana, acabo de tener mi primera propuesta de matrimonio y ya se arrepiente. Esto es el siglo veinte con venganza, cuando un galante caballero se declara a una dama y de inmediato lo lamenta. Acepto su oferta. Dame la enhorabuena, Marion. Vas a tener un cuñado. ¿Cómo te sientes?».

Iba dando saltos con entusiasmo, riéndose a carcajadas, como un niño que acaba de hacer un descubrimiento, haciendo que su hermana diera vueltas como una perinola y balanceando la hamaca con un estado de ánimo exuberante. Era una muchacha grande, sana, de cabello y ojos castaños, con mejillas sonrosadas, un marimacho. Marion se soltó suavemente del rígido apretón de su hermana y sonrió con indulgencia.

«Eres muy afortunada, querida», dijo con calma, y habría cruzado el porche en dirección al sendero arenoso del jardín, pero Howard hizo un gesto con la mano para que se detuviera.

«No se vaya, señorita Ross. Aún no hemos alcanzado esa etapa en la que debemos estar solos todo el tiempo. Quédense y ayúdenos a acostumbrarnos el uno al otro».

Se sentó obedientemente en el peldaño del porche y se quedó contemplando el mar, azul y brillante por el sol estival. Howard, apoyado en la baranda, la miró fijamente y se quedó absorto en el perfil que miraba en dirección opuesta a él. Más que nunca, en el desapego que mostraba ella hacia su entorno, le recordaba a él a una vestal desprendida del resto de la humanidad, a la espera de misteriosas voces de los Cielos.

Emmie siguió cotorreando sin parar, como una llovizna de verano que golpeteara sobre los tejados de hojalata. Marion estaba absorta en el mar y Howard estaba absorto en

Marion. Un grupo de muchachas subió por el sendero del jardín, bulliciosas, parlanchinas, vestidas de blanco, con los inevitables sombreros de ala ancha típicos del sur. Tomaron a Emmie y se la llevaron con ellas a la calle en dirección al pueblo. Gozaba de gran popularidad entre ellas. Saludaron a Marion alegres, pero con una curiosa mezcla de timidez y cortesía, que resultaba agradable siempre al tiempo que a Howard le divertía. Salieron del jardín con jovialidad y Marion las siguió con la mirada y con un algo que parecía un medio suspiro.

«Confío en no estar apartándola de sus amigas, señorita Ross», dijo Howard.

«Oh, no», replicó ella, «no venían por mí, nunca se toman la molestia de buscarme. Yo no soy alegre y divertida... como Emmie».

Se sintió sorprendido ante la inconsciente revelación personal que ella había expresado en la frase.

«Había supuesto que no tenía ningún interés en... ese tipo de cosas».

«No, nadie lo supone. No sé por qué, desde que era niña, la gente ha dado por sentado que no me interesan los placeres y las alegrías de la vida como a otros jóvenes, ya que realmente no soy muy mayor», lo miró sonriendo con una sombra de tristeza.

«No, no mucho más allá de veinte», dijo él, mientras su pulso se aceleraba ante su propia audacia.

«Tengo veinticuatro».

«Cielo Santo, me siento como un personaje de la antigüedad a su lado. Tengo siete años más que usted».

«En el Sur, una es ya una solterona a los veinticinco», continuó diciendo ella, «pero creo que lo he sido toda mi vida. Bailo, todo el mundo me lo concede, y supongo que tengo mi grupo de compañeros; aparte de eso, tengo que mantenerme serena y ordenada y guardar siempre las formas. Provocarí una conmoción en el pueblo si estallase en una carcajada más sonora que un suspiro».

«Le han hecho el cumplido más halagador posible», la tranquilizó con suavidad, «la han colocado fuera de su grupo como a un ser superior».

«Gracias, pero es bastante aburrido estar separada de ellos como un ser superior cuando una es consciente de no tener nada que la haga superior».

En ese instante la señora Ross apareció en el porche y se dejó caer en una de las grandes mecedoras. Era una mujer bajita, regordeta, quisquillosa, de quien a primera vista uno pensaría que demostraría ser infatigablemente enérgica, pero que, sin embargo, tras conocerla algo mejor, lo que demostraba era ser infatigablemente apática.

«¿Dónde está Emmie?» preguntó ansiosa, tras saludar a Howard con innecesaria efusividad.

«Ha bajado a la oficina de correos con las chicas de los Girton y con Adele Hutchison».

«Ojalá Emmie no estuviera por ahí exponiéndose al sol; sabe que es propensa a la malaria y me supone un gran esfuerzo tenerla enferma. Me imaginaba, Marion, que no la habrías dejado marcharse».

«Sabes perfectamente, Madre, que, aunque lo hubiese intentado, no habría podido hacer que se quedara en casa, ni tú tampoco. De hecho, ni siquiera lo intenté».

«No, supongo que no. Tú crees que Emmie puede hacer lo que le dé la gana sin pensar en lo que yo tengo que soportar para concederle sus caprichos». Se meció ruidosamente de un lado a otro; luego se fue del porche paseando en dirección al cenador por encima del borde del rompeolas. La forma de desplazarse de la señora Ross era una fuente inagotable de sorpresa y admiración para Howard. Le daba a uno la impresión cuando comenzaba a caminar de que salía a paso ligero, por el modo tan apresurado y sin aliento en que empezaba, para al tercer o cuarto paso adoptaba unos andares pausados y lánguidos que, a pesar de ser sorprendentes, tenían cierta elegancia.

Marion de nuevo volvió su atención al mar con aparente calma, pero un rubor en sus mejillas revelaba cierta agitación interior. Howard observó su perfil durante unos momentos, luego dijo de repente, «Marion, ¿quiere casarse conmigo?».

Se puso de pie de un salto y le tendió las manos con un gesto de súplica.

«No debe...», dijo jadeando, «no debe decir eso. Yo... yo, ¿sabe? No me gusta ese tipo de bromas».

«Pero si no estoy bromeando», respondió impetuosamente, siguiéndola y tomando sus dos manos. Se había retirado hasta un ángulo del porche en el que colgaba una celosía de madreSelva. Era un rincón de luz atenuada, fragante e íntimo, a salvo de las miradas tanto de la calle del pueblo como de las numerosas ventanas de la casa. Él apretó con firmeza sus dos manos en una de las suyas y con la otra formó una barrera entre ella y la posible huida.

«No estoy de broma», insistió, inclinándose hacia ella con entusiasmo, «Lo digo con toda el alma que posee un hombre. La amo, a usted, pequeña Priscila extraviada, ¿no ve que la amo? Lo sabe, debe de saberlo desde aquella primera noche en que la seguí hasta el rompeolas y estuvimos contemplando juntos la fosforescencia del mar. He deseado decírselo durante meses; tendría que haber esperado más, lo sé, pero sencillamente no podía».

«¿Un mes?», rio ella nerviosamente, «vaya, solo ha estado aquí un mes».

«¿Eso es todo? No importa. Para mí supone toda mi vida de felicidad. Debo de haber querido decírselo desde aquella primera noche, porque la seleccioné del resto como una blanca azucena en un jardín de rosas. Marion, *tiene* que decirme que sí».

Lo miró de una manera particularmente abstraída como si tratara de formarse una impresión general de las emociones de él, luego un hoyuelo de su mejilla surgió un instante y comenzó a llorar suavemente, «¿no le da vergüenza decirme esas cosas estando ya comprometido con mi hermana?».

Le soltó las manos y se apartó de modo petulante. «¿Cómo puede jugar conmigo así, Marion? Por favor, no lo haga, voy en serio, terriblemente en serio».

Se puso seria al instante, «no podría dejar solas a Madre y a Emmie», respondió suavemente. «Se sentirían muy solas. Desde que Padre murió, nos hemos unido mucho, esta casa es muy grande y sombría, sería muy cruel dejarlas solas. Dependen mucho de mí».

«Bobadas», exclamó él, sacudiendo sus objeciones de manera impetuosa. «Si a Emmie se le ocurriera casarse, ¿supone que ella se detendría a considerar que usted podría sentirse sola sin ella? Esa es una forma tonta de inmolarsé. Es muy dulce y considerado de su parte, querida, pero no tiene el suficiente peso para detenerme. Yo la necesito más que ellas, y ellas la han tenido toda su vida. Ahora me toca a mí, y voy a insistir para que se reconozca mi reivindicación».

«Parece que usted da muy por sentado que yo lo amo», dijo ella. Había signos de los inicios de una tímida rendición en su actitud, y Howard los siguió con entusiasmo.

«Claro que lo doy por sentado. Debe amarme. Lo hará, si no es así todavía. Mi propio amor es tan abrumador que debe provocar un retorno. Marion, usted dirá que sí, sé que acabará haciéndolo, pero ahora dice eso, ¿no es así?».

«Déjeme pensarlo. Es usted como un ciclón; no me da tiempo a recobrar aliento. Yo... yo no puedo darle una respuesta ahora».

«Claro que puede. Si quiere tiempo para pensarlo, puede decir sí ahora. Diga que sí, Marion. No se arrepentirá nunca por nada que yo haga. Diga que sí, querida».

Ella inclinó la cabeza hacia la fragancia del blanco, el dorado y el verde de la enredadera de madre selva mientras lo miraba fijamente a los ojos. Hubo un momento de intenso silencio entre ambos, como si se tratara de una mera pausa entre latidos, pero para Howard fue como si toda la eternidad pendiese en una balanza aguardando la decisión

de Marion. Ella lo miraba a los ojos de manera penetrante, clara, como indagando, como si tratara de sondear su alma buscando la verdad de sus palabras. Él cruzó la mirada con la de ella de manera calmada, con confianza, al tiempo que sus ojos destellaban en los de ella con tal pasión de puro deseo que hizo que ella, algo turbada, bajase la mirada. Apretaba y soltaba las manos con nerviosismo; inclinó la cabeza lentamente hacia adelante, muy lentamente, separó los labios, pero no articuló palabra alguna, aunque había asentimiento en cada una de las líneas de su delgada figura. Él la tomó en brazos con ternura y le levantó el rostro hacia el suyo.

«¿Marion?», le preguntó con ansiedad, susurrando, como si temiese romper el hechizo.

«Sí», musitó ella e inclinó su rostro sonrojado sobre el hombro de él.

En el momento de besarla, sintió cómo en ella se estremecía todo su ser, como si su alma se encerrase en sí misma tras su breve rendición.

### CAPÍTULO III

**E**MMIE estaba radiante ante la perspectiva de una boda. «No hemos tenido más que funerales y fracasos en los negocios durante tantos años», declaró, «que una boda será como una grata rareza en la familia. ¡Vaya! ¡Menuda reunión familiar va a ser! No puede imaginarse qué terrible responsabilidad va a recaer sobre mí para mantenerlos separados, ya que la mitad no se habla con la otra mitad, y tan pronto como se vean empezarán a intentar resolver diferencias de opinión de un siglo de antigüedad», suspiró y sacudió la cabeza con pesar.

«¿Por qué no tenemos una velada tranquila y dejamos que ese “clan” se quede en su casa en paz?», sugirió Howard.

«Mi querido cuñado *quelovaaser*, tengo que vivir en este pueblo después de que Marion y usted se hayan ido y me propongo terminar mis días en relativa paz y tranquilidad. Una boda tal y como la que sugiere nos condenaría a Madre y a mí a un completo ostracismo, como si un maremoto nos hubiera barrido hacia el mar. No, debemos continuar hasta el amargo final».

Era la semana después de la rendición de Marion y Howard se dio cuenta de que debía marcharse del pueblo. Ya no podía alegar que los asuntos que lo habían llevado allí se retrasaban, pues la insistencia de los telegramas que llegaban de casa le avisaban de que debía pensar en su futuro y en el de Marion. Era partidario de llevársela con él de

inmediato a casa, y abogó de manera prolija con la señora Ross sobre la absoluta necesidad de semejante medida.

«Como si Marion no fuera a la que más le interesa», agregó Emmie después de prestar atención pacientemente con su madre a un apasionado discurso de Howard. «No se irá ahora, lo sabe, y usted se puede ir a casa y regresar después a buscarla una vez que haya transcurrido un decente intervalo para reunir un ajuar».

Al principio se había sentido al borde del llanto ante la perspectiva de perder a su hermana, luego alegre ante la aparente felicidad de Marion, luego con un ánimo heroico-burlesco cuando reprendía a Marion por arrebatarle su primer y único amor. Con la típica premura, había empezado de inmediato los preparativos para su boda. La señora Ross derramó unas cuantas lágrimas convencionales y aceptó las felicitaciones de sus amigas con pasiva compostura. Era consciente de que Marion había logrado un buen partido. Howard era un hombre de mundo, con buenos contactos, con un nombre bien conocido en los círculos respetables de la sociedad, con un negocio y unos ingresos que podían situar a Marion a un nivel más elevado que el de la mayoría.

«A ver si tú consigues lo mismo, Emmie», dijo con un suspiro de maternal solicitud.

«¿Yo? No me casaré nunca ya. He perdido la única oportunidad que he tenido y me la ha arrebatado mi propia hermana. Me voy a meter en un convento tan pronto como la vea marchar segura».

Marion contemplaba los preparativos de su boda con curioso desinterés. No era capaz de hacerse a la idea de que todo aquel trajín y todos aquellos preparativos eran por ella. Se había mantenido distante tanto tiempo, participando de la vida solamente de manera general, que ahora no era capaz de verse como la figura central de ninguna actividad. Se mantenía pasiva y condescendiente, pero no ofrecía sugerencia alguna ni tampoco hacía ningún cambio en

aquello que se sometía a su aprobación. Con sumisión, fue a la ciudad más próxima con su madre y con Emmie para comprar las cosas que de costumbre debe tener una novia y que, obedientemente, luego llevó al martirio de las modistas, costureras y sombrereras. Howard le escribía a diario largas cartas, entusiastas y apasionadas. Estaba volviendo a amueblar para ella Edgewold, la casa donde vivía, y se tomaba su tiempo en detalles relacionados con la forma de colgar cuadros y el tapizado con minuciosidad tal que demostraba el empeño con que su corazón se hallaba entregado a las tareas del amor. Marion raramente hablaba de él. Lo había encerrado en el arca de su corazón y solamente en raras ocasiones sacaba su imagen, cuando el timbre de recepción de su ser le anunciaba que había llegado la hora del sacro retiro. Ella también le escribía todos los días, con timidez, ruborizándose y tratando de ocultar el papel si alguien aparecía de repente. Sus cartas eran breves, llenas de revelaciones medio conscientes sobre sí misma aquí y allá, como pequeños fragmentos de poesía en un cuento en prosa del viejo mundo. No tenía noticias que dar salvo de Emmie y de su madre, ya que la pequeña colonia de veraneantes estaba abandonando el pueblo marinero y los días iban trascurriendo con regularidad, con monotonía. Describía sus frecuentes visitas a la ciudad, pero no lograba llegar a explicar las razones de tal frecuencia. Rara vez hablaba del mar en sus maravillosas transfiguraciones de tormenta a sol radiante y Howard se sentía vagamente decepcionado. Él había creído que la serenidad de su carácter era de ese tipo que a menudo se genera en quienes el mar ha proyectado su glamur y su solemnidad y había esperado encontrar en ella un cierto reflejo de su propio temperamento poético. Pero, quizá, razonó él, como todo lo demás que ella sentía profundamente, no lograba poder hablar de ello. Nunca le escribió a él una carta de amor; no se sintió decepcionado en este aspecto. No la había esperado. Era suficiente que le escribiera algo a diario.

Un día estaba sentada junto a la ventana del cuarto de costura, mirando distraída al mar. Todo a su alrededor bullía con el ruido del ajeteo de los preparativos. La modista y la costurera, su madre y Emmie discutían y porfiaban, alborotaban y se enojaban por detalles triviales sobre las batas. Le habían estado probando las ropas y ella estaba sentada inmóvil, descansando un momento, con el blanco cuello y los hombros descubiertos. La señora Hare, la modista, era una vieja amiga y sirvienta, y reclamaba como privilegio suyo dirigir todo el asunto de equipar el armario de Marion. Alborotaba sobre la muchacha con la tosca diligencia del género femenino cuando se aproxima el matrimonio. De repente, se percató de que en el regazo de Marion se veía el borde de un sobre y lo sacó con una risotada de placer.

«Eso es el amor para ti», gritó, «eso es lo que me gusta ver».

Marion le arrebató la carta con un pequeño grito de disgusto. Un rubor empezó a extenderse desde las mejillas y la frente hacia el cuello y el pecho y salió precipitadamente de la habitación empujando a un lado a la señora Hare en su ímpetu. Emmie observaba a la modista con enojo.

«Suponía que tendría más juicio», dijo con desdén, «dado que conoce a Marion desde hace mucho tiempo, como para hacer algo tan estúpido».

«Emmie, haz el favor de refrenar esa lengua», dijo su madre. Se mecía vigorosamente, mientras cosía con exasperante minuciosidad un trozo de cuello de encaje.

«No pienso refrenar nada. Después de lo que nos ha costado que Marion tenga al menos un interés superficial en su boda para que ahora venga la señora Hare y haga algo tan insensato». Salió a toda velocidad del cuarto de costura cerrando la puerta de un portazo tras de sí.

La habitación de Marion estaba justo debajo del cuarto de costura y sus ventanas también daban al mar. Cuando Emmie abrió la puerta tras la vaga respuesta que había re-

cibido al toque de sus nudillos, no se movió de la posición que tenía junto a la ventana. Aún no se había vestido, sostenía la carta en la mano.

«Marion, querida», dijo Emmie acercándose a ella con ímpetu, «esa vieja señora Hare tiene menos juicio que un mosquito, no le des ninguna importancia, de verdad».

«Sí», respondió distraídamente, «Emmie, escucha». Abrió la carta y volvió las páginas como si estuviera buscando algún pasaje en concreto. Era la primera vez que mostraba los más mínimos síntomas de confiarle su amor a su hermana, y Emmie dio un pequeño suspiro de asombro al tiempo que se colocaba en el asiento junto a la ventana y se preparaba para escuchar. Howard describía, con su habitual derroche de lenguaje de chico, cómo los árboles en los jardines de Edgewold estaban adornándose con los colores del otoño, revistiéndose de sus más hermosas galas para darle a ella su bienvenida; cómo las más brillantes flores del año hacían ostentación en las cunetas y en los senderos de los jardines a modo de saludo de bienvenida para ella, y cómo las pobres flores de verano, tristes y abochornadas porque no podrían verla cuando llegara, languidecían y morían de pesar y decepción.

Emmie escuchaba apretando las manos y con el rostro radiante. Cuando Marion terminó de leer, se levantó y le dio un intenso abrazo. «Oh, Marion, Marion, qué perfectamente hermoso es eso, ¿no es verdad?».

«¿Lo crees así?» preguntó Marion pensativa, «Me pareció que sonaba... bastante... pretencioso, quizá. Esas cosas realmente no son así, lo sabemos, entonces ¿por qué decir las?».

Emmie agitó la cabeza poco convencida y, de repente, sintió pena por Howard, pero solo durante un breve instante. La lealtad hacia Marion de inmediato se convirtió en la nota dominante en su carácter y despachó el asunto con una abrupta sacudida de la cabeza.

«Venga, Marion», dijo, levantándose con un breve suspiro, «te necesitan arriba para seguir probando».

«No voy a ir», el tono de Marion era decidido y severo. «Esa mujer no me va a poner las manos encima otra vez».

«Pero... Marion», rogó Emmie, «no le prestes ninguna atención. No tiene modales. Fue una ordinaria, lo sé, pero no tenía mala intención. Vamos, tienes que preparar todas tus cosas».

«No a menos que venga otra modista».

«Sabes que eso es imposible. la señora Hare está contratada para hacer todo el trabajo. No seas boba, hermana».

«Ya sé que soy boba y todo eso, pero la señora Hare no me va a hacer ya más pruebas».

«¿Qué vamos a hacer? Ella tiene que hacerte las cosas».

«Que te las pruebe a ti. Tenemos la misma talla de cintura, ¿no es así?».

«Eso no quedará bien jamás, te van a quedar horribles, lo sé».

«No creo que tenga peor aspecto del que tengo siempre, supongo. Esa es la única alternativa que se me ocurre. No voy a subir, Emmie, puedes estar absolutamente segura de eso».

Estaba sacando una bata ancha del armario al tiempo que hablaba y se la puso con aire terminante, se sentó ante el escritorio y comenzó a escribir. Emmie la miraba con aspecto de desesperada resignación y se fue poco a poco de la habitación. Incluso la más leve muestra de interés que Marion había manifestado en su armario se había esfumado ya entonces y ningún tipo de aliciente podría arrancarla de su apatía.

La gente del pueblo declaró que fue una boda preciosa, y sin vacilación alguna y de manera sincera se le reconoció todo el mérito a la hermana más joven de la casa. Era principios del otoño, aún verano en su casa, y Emmie había sacado provecho de la belleza natural del musgo español, las palmeras y los naranjos, de manera que Howard no pudo reprimir un grito de agradable sorpresa cuando vio la anticuada casa transformada en un bosque sureño con su toque de tristeza en los festones de musgo. Emmie había congregado al «clan» y se afanaba, de manera franca y directa, «en tratar de que no

se sacaran los ojos los unos a los otros en la primera ocasión que tuvieran». Había conseguido hábilmente relegar a la señora Ross a un segundo plano, pues la dama tras un leve ajeteo se había sumido en una especie de pereza histérica que era enloquecedora y que de manera eficaz impedía cualquier progreso. Tal y como lo expresó Emmie después, le dio tanto trabajo tener que ocuparse de todos ellos que casi llegó tarde a la boda. Era la dama de honor principal y «habría sido horrible perder mi única oportunidad de ir al altar», comentó con la respiración entrecortada. Howard tenía un vago recuerdo de las damas de honor, las amigas de Emmie más que de Marion; de una iglesia llena de gente y de la multitud de los parientes de su esposa, los cuales le daban la mano con característica intensidad y cordialidad; de Marion, etérea envuelta en una nebulosa de tul blanco; del tedio del ritual de la Iglesia de Inglaterra; y de la sensación de alivio que experimentó cuando su padrino le aseguró que lo había superado todo sin ser más torpe que la mayoría de los hombres bajo las mismas circunstancias. Se había llevado a Holt Towneley consigo «para que lo cuidara» según dijo Emmie. Towneley era un joven inofensivo de cabello rubio a quien las muchachas al principio desdeñaban, pero luego lo adoraban. Durante quince años él y Howard habían discutido, se habían peleado y se habían querido el uno al otro, y a pesar de que Holt pensaba que su amigo estaba haciendo una tontería casándose, era lo bastante bueno como para no decirse lo más de una o dos veces al día.

La boda finalmente terminó y Marion y Howard se sentaron uno frente al otro en el compartimento del coche cama.

«Bueno, se acabó», dijo ella con un suspiro al tiempo que dejaba a un lado el sombrero y los guantes.

«No, querida, no ha hecho sino comenzar», dijo él. Se inclinó sobre ella para darle un beso que era a la vez reverencial y sacro e incluso, al tiempo que lo hacía, sintió con un pinchazo la rápida presión de los labios de ella sobre los suyos cuando los tocó.